

No hay registros de los choferes de la ciudad. Dolores Reséndiz Mora y Jorge Zamora Fuentes. Publicado en: *Milenio* 19 marzo de 2003, Guadalajara, pp.1-2.

Rescatando a las brujas. Hacia una contramemoria femenina

Alejandra Araiza Díaz

Universidad Autónoma de Barcelona

Resumen

El presente artículo intenta recuperar la figura de las brujas como una identidad femenina subversiva, para deconstruir la carga negativa que aún conserva, y recordar que en otras épocas ha traído terribles consecuencias para algunas mujeres. La pista se rastrea en distintas obras literarias. Se pretende ayudar a pensar y construir otra memoria femenina.

Palabras clave

Género, brujas, literatura.

Abstract

«Rescuing female witches. Toward a counter feminine memory»

This article tries to recover the figure of female witches as a subversive feminine identity in order to deconstruct the negative charge that it still conserves; and to remind us that in previous eras, this identity had terrible consequences for some women. Tracing clues through various literary works, the article tries to help think and build another feminine memory.

Key words

Gender, witches, literature, feminine identity.

*Mujer que sabe latín... ni encuentra
marido ni tiene buen fin.
Rosario Castellanos*

Introducción

«Despreciarás a la hechicera» es una de las tantas prescripciones cargadas de misoginia que se pueden encontrar en la Biblia, pero ¿por qué esta figura femenina resulta tan subversiva? Al respecto Sáez Buenaventura [1979] y Burín [1992] pre-

sentan interesantes reflexiones acerca de la brujería como una forma concreta de conocimiento femenino, considerado altamente disidente y peligroso, razón por la cual durante el periodo de la caza de brujas tantas mujeres (la mayoría de ellas inocentes) fueran llevadas a la hoguera. Y no habría más que rastrear esta figura en la literatura a través de diferentes épocas para considerar el papel que han ocupado estas mujeres dentro de la sociedad hasta devenir en arquetipos verdaderamente lastimosos e incluso capaces de vulnerar la integridad de muchas mujeres.

¿Puede considerarse la brujería una categoría anormal de lo femenino? Es una de las interrogantes que sirven como hilo conductor para el presente artículo, el cual dividí de la siguiente forma. Primero hablo de lo que se entiende por brujería, posteriormente de algunos arquetipos provenientes de interesantes obras literarias de distintas épocas. Para finalizar y, a manera de conclusión, recupero el hecho de que este oficio femenino y ancestral puede ayudarnos a reflexionar al menos en dos sentidos: a) que el hecho de considerarlo como anormal y como algo que requiera ser controlado ha traído consigo graves consecuencias hacia

muchas mujeres, y b) la necesidad de reivindicar este conocimiento como un saber femenino que apunte a la construcción de una contramemoria en los términos de Braidotti [2004]. Es decir, no se trata de rastrear estas formas de opresión, sino de construir a partir de ellas. Se trata de recrear nuestra identidad en una forma diferente hacia el futuro, que deseamos otorgue a las mujeres una posición distinta a lo que hasta ahora puede encontrarse en la historia. Éste es el caso de las brujas y podemos reapropiarnos del concepto.

Brujería: un oficio femenino y ancestral

Según Ginzburg [1989], la brujería es una práctica sumamente estudiada por historiadores y antropólogos. Recientemente ha sido analizada por algunas pensadoras feministas desde la perspectiva de género. Este texto se suma a este

tipo de reflexiones. Aunque no hay que olvidar que no son las únicas iniciativas de abordaje.

Asimismo, aun cuando la práctica ha sido recurrente en distintas latitudes del globo terráqueo, mi análisis se centra en Occidente, pero de tanto en tanto pueda tener algún guiño con las propias de culturas distintas.

Por lo que es necesario advertir que algunas de las creencias religiosas más promovidas en las civilizaciones antiguas son las que se inspiran en las figuras de diosas-madres, vinculadas a la fertilidad, por un lado humana y, por otro, agrícola.

Figuras como *Demeter* o *Isis* han representado importantes piedras angulares en lo que a deidades femeninas respecta y son las bases a partir de las cuales se fundaron algunas religiones [Dunn, 1990]. Otras han estado ligadas a una relación muy particular de lo femenino con la Luna, tal es el caso de *Diana*, quien se considera una de las deidades más frecuentes entre las brujas de Occidente, o incluso, la propia Hécate [Caro, 1961; Ginzburg, 1989].

Posteriormente encontramos algunos testimonios de estos personajes femeninos en los lugares más apartados de las ciudades romanas, y qué decir de las villas medievales. Mujeres viudas, solas, viejas, sabias, curanderas, parteras, alcahue-

tas, conocedoras de hierbas, de los remedios más ancestrales, que se dedicaban a las magias: maléfica, venal, amatoria, de metamorfosis, etcétera. Estas mujeres eran guardianas de cultos a deidades femeninas que conforme avanzaban los siglos tenían que hacerlo cada vez más en secreto. Pues cuando el cristianismo se fue convirtiendo en una creencia homogénea — lo que llevó siglos— la figura de la bruja se asociaba a la del demonio, tal como lo explicaba Caro [1961]. No obstante, y es una de las distinciones que encuentro más relevantes entre la visión de este autor y las propias de Sáez [1979] y Burín [1992], la persecución más atroz no ocurre tanto en el Medioevo como en los albores de la Edad Moderna. ¿A qué se debe ello?

La cristianización no fue un proceso sencillo. Hubo que convivir con deidades anteriores, principalmente en sitios de tradiciones celtas, germánicas o vikingas. No fue fácil convencer a las personas para que dejaran atrás sus creencias a favor

de una sola deidad masculina. Ésta fue la razón por la cual la figura de la Virgen María cobró tanta relevancia y por la que también en muchos sitios donde se realizaban cultos a hadas o diosas madres, comúnmente en cuevas (por ejemplo en los Pirineos), se encontraban imágenes de vírgenes, retransformadas, pero que en verdad seguían representando a sus antiguas deidades. ¿Alguna especie de sincretismo religioso acaso?

Era común también en la primera etapa de la Edad Media encontrar que el mismo cura que oficiaba misas realizaba el 23 de junio, por ejemplo, algún ritual pagano, como culto a la fertilidad. Es decir, que el proceso de difusión e imposición del cristianismo no fue inmediato al decreto del culto cristiano para las colonias romanas. Ello llevó, repito, muchos siglos e innumerables procesos políticos y religiosos, en medio de los cuales resaltan las Cruzadas. Pero, si bien el Santo Oficio y la criminalización de la brujería datan de este periodo, ¿por qué la cacería brutal tuvo lugar en los inicios de la Edad Moderna?

Una de las razones es eminentemente política: una vez que se había logrado cierto control sobre las poblaciones a partir de la creencia cristiana, hubo una división fuerte al interior de la Iglesia cristiana, me refiero a la Reforma y la Contrarreforma. Fue en este periodo cuando tanto protestantes como inquisidores católicos persiguieron indiscriminadamente a cientos de mujeres acusadas de practicar la brujería, algunas de ellas inocentes.

Parecía también que uno de los elementos en juego, como lo señala Ginzburg [1989], era la lucha entre una cultura de élite y una cultura popular. Y ello también le da sentido al hecho de que esta persecución se iniciara a la par y que tuviera lugar un movimiento racionalista tan intenso con huellas indelebles en las filosofías contemporáneas. Pareciera que cada vez menos podían tener lugar creencias tan poco racionales en una sociedad que se hacía cada vez más pensante y menos crédula, aunque a la par muchos de estos pensadores renacentistas también eran juzgados en los mismo tribunales que las brujas, lo que resulta hasta cierto punto paradójico; pero sólo podemos encontrarle algún sentido si prestamos atención a los acontecimientos que le siguieron.

El pensamiento geocentrista, antropocentrista y, desde luego, racionalista, se desarrolló como el modelo hegemónico de pensamiento a partir de aquel momento, que con el tiempo, se ha hecho cada vez más complejo. Por su parte, las creencias mágicas, aun cuando se haya detenido la práctica de la caza de brujas, se desprestigiaron cada vez más con la incursión del racionalismo. La brujería se fue convirtiendo en una figura menos humana y más literaria. Primero, a través de la recuperación del folklore mediante los cuentos de hadas propios de los siglos

XVII y XVIII. Y, posteriormente, se han recuperado en algunas expresiones prototípicas del XIX asociadas, por ejemplo, a la literatura gótica. Pero la bruja conservó ya la imagen típica de maldad que le imprimió la cacería de brujas y ya nunca se la miró como el oficio ancestral que aún se practica en muchas poblaciones pequeñas del mundo.

Hoy en día, bajo una oleada de pensamientos minimalistas, ecologistas, de recuperación por lo esotérico o de la era *new age*, como quiera llamársele, es probable que se estén rescatando algunas de estas prácticas que, no obstante, siguen siendo consideradas por muchas personas como externas al marco de la racionalidad.

Brujas literarias: formación de algunos arquetipos

Primero he de aclarar que una cosa es el mito, como un origen, como algo previo al lenguaje, como una infancia — dice Agamben [1979]— y otra, el mito que le interesaba a antropólogos, especialmente a Lévi-Strauss, como análisis sincrónico [en Ginzburg, 1989], como un fenómeno más espacial que temporal, como el mapa de la sociedad mental [Fernández, 2004].

Cabe aclarar que no todos los analistas del tema del mito están conformes con el concepto [ver Ginzburg, 1989]. No obstante, yo lo uso en el sentido de estereotipos (en este caso femeninos) que han perdurado a través de los siglos y no me interesa tanto el análisis desde un inconsciente colectivo, que requiere una discusión mucho más amplia.

Ahora bien, otra cosa es la literatura, esa creación artística contextualizable en determinadas épocas históricas que también recupera elementos de ciertos mitos por lo que promueve, sostengo, algunos arquetipos. Asimismo, me resulta útil analizarla a la par que los procesos históricos, antropológicos o psicosociales porque coincide con Foucault [1970]:

[...] la literatura es una especie de discurso esencialmente marginal que transcurre entre los discursos ordinarios, que los entrecruza, que gira por encima de ellos, a su alrededor, por debajo, que los cuestiona, pero que de todos modos nunca se tomará como uno de esos discursos utilitarios, como uno de esos discursos efectivos [p. 85].

De ahí que me resulte necesario rastrear en este discurso algunas posibilidades de análisis y reflexionar qué tanto coinciden sus contenidos con los mecanismos de poder que confinaron y reprimieron, en este caso, a las brujas.

Así, para comenzar hay que señalar que son distintas las tradiciones antiguas que presentan la figura de la bruja. Pero tal vez algunas de las más emblemáticas dentro de la literatura universal de la época clásica puedan provenir de *Circe* o de *Medea*.

La primera es uno de los tantos seres mágicos con los que se encuentra Ulises en su ardua trayectoria antes de poder volver a casa. *Circe* representa la seducción, es la mujer que por su encanto y atractivo sexual hace lo que quiere de los hombres, de esta forma convierte a los compañeros de Ulises en cerdos.

Por su parte, *Medea* es la figura trágica que fue capaz de matar a sus hijos por amor y venganza contra el marido desleal. De esta manera, se decía a sí misma durante un soliloquio:

Posees la ciencia. [Y más adelante]: la naturaleza nos ha hecho a las mujeres absolutamente incapaces de practicar el bien y las más hábiles urdidoras del mal [Eurípides, Caro, 1961, pp. 46-47].

Las brujas que se encontraban en las ciudades romanas y en las propias de la Edad Media eran muy parecidas, en general a las que describe Apuleyo en *El asno de oro*. Estas brujas eran capaces de transformarse en animales pequeños para entrar en las casas, para robar las entrañas de los cadáveres, para realizar sus hechizos o convertir a sus enemigos en ranas [Caro, 1961].

Tampoco son diferentes a la figura de *La Celestina* de Fernando de Rojas [1502], quien decía:

Tiene esta buena dueña al cabo de la ciudad, allá cerca de las tenerías, en la cuesta del río una casa apartada, medio caída, poco compuesta y menos abastada. Ella tenía seis oficios, conviene saber: labrandería, perfumera, maestra de hacer afeites y de hacer virgos, alcahueta y un poquito hechicera [p. 51].

Es decir que se trataba de mujeres solas, muchas de ellas mayores y viudas, que vivían a orillas de las ciudades y que realizaban sus oficios en una suerte de clandestinidad; aunque eran muy solicitadas, especialmente en lo que a magia amorosa se refiere.

Ahora bien, en coincidencia con la transición a la Edad Moderna y la caza de brujas, aparece otra imagen de éstas en la literatura, donde se siguen encargando de la alcahuetería, por ejemplo. Aunque se les presenta más malévolas y capaces, por ejemplo de volar o matar, más parecidas a las brujas de Apuleyo por una parte, y tan tenebrosas como indican los archivos del Santo Oficio.

Las brujas que Shakespeare nos describe en *Macbeth* mantienen diálogos como éste:

Bruja primera: ¿Cuándo será otra vez nuestra reunión? ¿Habrá también tormenta y chaparrón?

Bruja segunda: Cuando la batahola esté acabada, y la lucha perdida y ganada.

Bruja tercera: Eso tiene que ser antes del atardecer.

Bruja primera: ¿Dónde será el lugar?

Bruja segunda: En la llanura.

Bruja tercera: Con Macbeth hay allí cita segura.

Bruja primera: Allá voy, gato negro de mi vida.

Todas: El sapo llama. ¡Vamos en seguida! Hermoso es lo feo y feo lo hermoso: ¡A volar! Al aire sucio y asqueroso [Primer acto, escena primera, p. 121].

Y son capaces de mantener comunicación con la misma *Hécate* — diosa griega asociada a la hechicería y la magia—, quien les pregunta enfadada:

¿Cómo os habéis atrevido a tratar y traficar con Macbeth, en adivinanzas y asuntos de muerte; mientras que yo, la dueña de vuestros encantamientos, la secreta urdidora de todos los daños, jamás fui llamada a hacer mi parte, ni a mostrar la gloria de nuestro arte? [Tercer acto, escena quinta, p. 161].

Luego les ordena preparar encantamientos y brebajes. En efecto, éstas ya son brujas más malvadas, que se reúnen en grutas, acaso para celebrar el aquelarre; brujas con capacidades de volar, urdir crímenes, tomar grasa de niños para preparar sus brebajes en aquellos calderos, y desde luego, hacer predicciones como la que le hicieron al propio Macbeth. Cualquier parecido con estas brujas de sombrero, risa maléfica y verrugas en la nariz es mera coincidencia.¹

Por su parte, Cervantes en una de sus *Novelas ejemplares*, nos habla de las brujas de la siguiente manera:

[...] en esta villa vivió la más famosa hechicera que ha habido en el mundo a quien llamaron la *Camacha de Montilla*: fue tan única en su oficio que los Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oído decir que están las historias llenas, no la igualaron. Ella congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol y cuando se le antojaba volvía sereno el más turbado cielo; traía a los hombres en un instante de lejas tierras; remediaba maravillosamente las doncellas que habían tenido algún descuido en guardar su entereza; cubría a las viudas de modo, que con honestidad fuesen deshonestas; descasaba las casadas y casaba las que ella quería [...] tuvo fama de que convertía a los hombres en animales, y que se había servido de un sacristán seis años en forma de asno. [Cervantes, 1614, pp. 289-290]

Nótese que las brujas más prototípicas de la tradición que perduró podrían ser éstas, las de Shakespeare y Cervantes, que coinciden con la idea extendida del aquelarre, o este encuentro de brujas, donde tenían lugar — además de numerosas narraciones literarias, según las actas del Santo Oficio— : cultos al demonio, metamorfosis animalescas, orgías sexuales, ingesta de niños, etcétera.² Es decir, se trata de lo que, como ya mencioné en el apartado anterior, fue sumamente perseguido y castigado. Sólo falta echar un vistazo a procesos que tuvieron lugar en sitios como Logroño, en La Rioja en 1610, para percatarnos de la forma en que se iba satanizando más y más un oficio que — en su mayoría, es casualmente femenino— cuyo auto de fe contiene, entre algunas de sus interesantes líneas, las siguientes:

Y Beltrana Fargue refiere que daba pecho a su sapo. Y que algunas veces desde el suelo se alargaba y extendía hasta buscar y tomarla el pecho, y otras veces en figura de muchacho se lo ponían en los brazos para que ella se lo diese. Y los sapos tienen cuidado de despertar a sus amos y avisarles cuando es tiempo de ir al aquelarre. [Fernández, 1989, p. 49]

Por su parte, la imagen de la bruja se vino recuperando de esta manera y hubo una tácita separación entre éstas y las hadas más evidente, asociando a las primeras a la maldad y a las segundas a la bondad. Ello ocurrió en la constitución del género cuentos de hadas.³ Primero en las narraciones cultas de Madame de Alnoy y, luego, en los cuentos de Perrault, recuperando la tradición folklórica y, posteriormente, en los cuentos de los hermanos Grimm. Así, podemos encontrar a la bruja de Blancanieves o la de Hansel y Gretel [Domínguez, 1999]. Este arquetipo femenino no gozó de más prestigio y, en cambio, sí ha sido el personaje al cual vencer y castigar en las historias que le siguieron. No obstante, hay una nueva

vertiente literaria que vuelve a recuperar este personaje y lo hace de tal manera que pueda ser femenino o masculino. Se trata de esta nueva literatura que tiene capturada a la población infantil y no tan infantil. Me refiero a *Harry Potter*, que vuelve a concederle el prestigio a la magia y la sabiduría y que recupera gran parte de la tradición literaria celta, medieval, artúrica y occidental, en general. ¿Es parte de las reivindicaciones? No se puede saber aún, pues estos libros ya se han convertido en *best seller*. Pero no deja de llamar la atención que sea una mujer la autora de esta serie que cuenta ya con siete volúmenes y cinco películas. Habría que esperar para saber si ello tendrá efectos en la resignificación del arquetipo o no.

Repolitizando oficios, proponiendo algunas conclusiones

La raíz de las palabras mago y bruja en inglés tienen una asociación más evidente con la sabiduría. ¿Qué es lo que pasa con estos saberes — en este caso femeninos—, que resultan peligrosos y dignos de vigilancia y castigo?

En general, parece que ante las prácticas de la brujería y también ante la locura, hay una actitud de exclusión social que pasa por la persecución, el desprestigio y el encierro, como nos indicara Foucault [1970] con respecto a la locura. De esta manera, tras haber presentado un panorama histórico y haber recuperado algunos textos literarios propios de esas etapas considero que, en general, todas estas actitudes tienen que ver con una cultura patriarcal y misógina que continúa considerando a las mujeres como «lunáticas», peligrosas, que hay que controlar para evitar que puedan ocasionar problemas graves. Hay que mantener a estas mujeres en casa, bajo vigilancia, pues cuando están solas pueden optar por el ejercicio de estos oficios.

Coincido con Marcela Lagarde [1990] cuando dice que se trata una vez más de los cautiverios, bajo los cuales se encuentran observadas y constreñidas gran parte de las mujeres. Estos cautiverios no sólo pasan, dice, por el encierro físico, sino que son «definiciones estereotipadas» que conforman «círculos particulares de vida», de los cuales es difícil salir. Así, sostengo que el encierro de la bruja podría considerarse un cautiverio de marginalidad, cuyo único remedio para no pertenecer a él es mantenerse, por ejemplo, en el de madreposa. La literatura y, desde luego, también la religión católica, ha sido un soporte de este cautiverio.

Por otra parte, cabe aclarar que con respecto de la cacería resalta no sólo el elemento misógino sino también el uso de estas acusaciones como arma política contra las mujeres, así como también contra algunos grupos sociales. Por ejemplo, los ingleses comúnmente acusaban de hechicería a mujeres irlandesas. O, curiosamente, uno de los procesos más fuertes en lo que hoy es el Estado español es el de

las brujas de Zugarramurdi (es decir, brujas vascas) [Corsi, 1982]. Por su parte, Levack [1995] advierte:

La caza de brujas se ha atribuido, en su totalidad o en gran parte, a la Reforma, la Contrarreforma, la Inquisición, la utilización de la tortura judicial, las guerras de religión, el celo religioso del clero, el nacimiento del Estado moderno, el desarrollo del capitalismo, la extensión del consumo de narcóticos, los cambios del pensamiento médico, el conflicto social y cultural, el intento de acabar con el paganismo, la necesidad de la clase dirigente de distraer a las masas, la oposición al control de la natalidad, la propagación de la sífilis y el odio a las mujeres. [p. 25]

Ello indica que la persecución — pero también el simple desprestigio— de este oficio ha tenido claras razones políticas relacionadas no sólo con el sistema patriarcal, sino con lazos de poder que pueden leerse — desde Foucault— como formas de controlar poblaciones, es decir, como medios de gobernabilidad [Rose, 1996].

Me parece que he esbozado algunos de los motivos a raíz de los cuales se ha reprimido un oficio que, por otro lado, sigue siendo altamente practicado por mujeres de otro tipo de sociedades, no occidentalizadas, y cuyo nivel de politización es relevante. Éste es el caso, por ejemplo, de las curanderas indígenas de México, grandes feministas que se encargan de gestionar la salud para las mujeres de sus comunidades, es decir que no sólo resuelven ellas mismas algunas de las necesidades, sino que también demandan a las instituciones, pues son ellas las más sensibilizadas al respecto, especialmente porque ven morir a sus compañeras y a niños y niñas (en la mayoría de los casos) de enfermedades curables [Bonfil, 1996].

De cualquier manera, me gustaría finalizar diciendo que es útil hacer este tipo de ejercicios deconstructivos para hallar los mecanismos, con base en los cuales el poder ha prohibido — en este caso a las mujeres— desarrollar ciertos conocimientos y cómo el racionalismo y la ciencia — que también son masculinas— han sido cómplices de brutales asesinatos (en otras épocas, simplemente encierros), bajo justificaciones que argumentan la peligrosidad o simplemente promueven el desprestigio.

No obstante, para constituir una subjetividad colectiva femenina, hemos de recuperar la historia de las brujas como parte de nuestra memoria y si es necesario — siguiendo a Braidotti [2004]—, reinventarla hacia el futuro, pues al final de cuentas se asigna la palabra brujas para referirse despectivamente a ciertas prácticas femeninas, prácticas que se han de restringir. Así que una apuesta política frente a esta situación podría consistir en rescatar el apelativo a la manera en que lo propo-

ne Butler [1993] para lo *queer*,⁴ es decir, podríamos subvertir la performatividad del término y vanagloriarnos de ser brujas.

Recepción: Abril 27 de 2007

Aceptación: Septiembre 30 de 2007

Alejandra Araiza Díaz

alearaidi@yahoo.com

Mexicana. Licenciada en psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Maestra en antropología social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Actualmente cursa un doctorado en la Universidad Autónoma de Barcelona.

Notas

¹ Para un análisis a fondo sobre la caza de brujas en la edad Moderna, ver: Levack [1995].

² Para una investigación profunda del aquelarre, en cuanto a los testimonios de las personas acusadas, ver: Ginzburg [1989].

³ Antes de este periodo, en la literatura las diferencias entre hadas y brujas tenían más que ver con que las primeras eran deidades y las segundas humanas con capacidades dadas a través de sus conocimientos, es decir, las brujas eran especies de mediadoras. Asimismo, no había exclusividad de bondad en las primeras y maldad en las segundas. Para muestra cabe leer el tipo de hadas propias de los *Lais* de María de Francia, típicos de las cortes medievales o *El paraíso de reina Sibila*, muy posterior. Incluso, la propia imagen de Calipso, en *La odisea*. Todas ellas serían prototípicamente hadas y no madrinas como las de los cuentos infantiles, no viejecitas bondadosas; sino mujeres hermosas y jóvenes, con deseos, amantes de sus protegidos y buenas o malas, según se les presenten las circunstancias. Lo mismo ocurría con las brujas, Circe es la bruja de la misma *Odisea* y no es tan distinta a Calipso salvo en que su poder es menor, acaso porque es humana.

⁴ *Queer* significa raro, desviado, en inglés, y se usa para referirse a los homosexuales, sin embargo, hay todo un movimiento de personas, que reivindica el término y se autodenomina *queer*. Butler lo define — a mi entender— como una subversión performativa.

Bibliografía

- Agambem, Giorgio (1978). *Infancia e historia*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2001.
- Bonfil, Paloma (1996). «Oficios, conocimientos y padecimientos: La salud como práctica política en el mundo indígena femenino», en: *Cuadernos agrarios*, Nueva época, no. 13, México, pp. 43-62.
- Braidoti, Rossi (2004). «Feminismo y postmodernismo: el antirrelativismo y la subjetividad nómada», en: *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*, Barcelona, Gedisa.

- Burín, Mabel (1992). «Nuevas perspectivas en la salud mental de las mujeres», en: Ana María Fernández (compiladora) (1997). *Las mujeres en la imaginación colectiva*, Barcelona, Paidós, pp. 314-331.
- Butler, Judith (1993). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*, Barcelona, Paidós, pp. 17-49.
- Castellanos, Rosario (1973). *Mujer que sabe latín*, México, FCE, 1995.
- Cervantes, Miguel de (1614). «Novela y coloquio que pasó entre Cipión y Berganza», en: *Novelas ejemplares II*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.
- Caro, Julio (1961). *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- (1982). *Estudios vascos y brujería vasca*, San Sebastián, Txertoa. Barcelona.
- Dunn, Manuela (1990). *Diosas. La canción de Eva*, Barcelona, Robinbook, 1998.
- Fernández, Pablo (2004). *La sociedad mental*, Barcelona, Anthropos.
- Fernández, Manuel (1989). *Proceso a la brujería*, Madrid, Tecnos.
- Foucault, Michel (1970). «La locura y la sociedad», en: *Estética, ética y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1999, pp. 73-96.
- Francia, María de (S. XII). *Lais*, Barcelona, Siruela, 2001.
- Ginzburg, Carlo (1989). *Historia nocturna. Las raíces antropológicas del relato*, Barcelona, Península, 2003.
- Homero (siglo IX u VIII a. C.). *La odisea*, Barcelona, Cátedra, 1998.
- Lagarde, Marcela (1990). *Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 1990.
- La Sale, Antoine de (1420). *El paraíso de la reina Sibila*, Barcelona, Siruela, 1999.
- Levack, Brian (1995). *La caza de brujas en la Europa Moderna*, Madrid, Alianza Editorial.
- Rojas, Fernando de (1502). *La Celestina*, Madrid, Edaf, 2002.
- Rose, Niklas (1996). «Identity, genealogy, history», en: Stuart Hall, and Paul du Gay (eds.). *Question of cultural identity*, London, Sage.
- Rowling, Joanne (2003). *Harry Potter y la Orden del Fénix 5*, Salamandra, Barcelona.
- Sáez Buenaventura, Carmen (1979). *Mujer, locura y feminismo*, Madrid, Dédalo.

Shakespeare, William (1605). *Macbeth*, Barcelona, Planeta, 1988.